



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
Coordinación General de la Pastoral del Santuario

MANUAL PARA MEDITAR EN CASA Y EN FAMILIA EL SABADO SANTO



EL GRAN SILENCIO

Muy Estimados Hermanos y Hermanas,

Es impresionante el Sábado Santo, su abismo de silencio, en las realidades actuales ha adquirido un tremendo realismo, pareciera que el mundo ha callado, la humanidad guarda un silencio envuelto en miedo y desesperanza.

Pareciera que este Sábado Santo 2021, vivimos en profundidad el ocultamiento de Dios, el día de esa inmensa paradoja que expresamos en el credo con las palabras *descendió a los infiernos*, descendió al misterio de la muerte. El viernes santo podíamos contemplar aún al crucificado, hoy la pesada piedra oculta un cadáver, pareciera que todo ha terminado. Las tinieblas personales y familiares de momento vital para la humanidad ante la pandemia mundial, nos hablan a nuestras conciencias, el misterio más oscuro de nuestra fe intenta en la profundidad ser señal de una esperanza sin fronteras.

El Papa Francisco recientemente nos recordó una escena del Evangelio que preanuncia de forma admirable el silencio del Sábado Santo y es una imagen de nuestro momento histórico. Cristo duerme en la barca, que está a punto de zozobrar azotado por la tormenta. Dios duerme mientras sus cosas están a punto de hundirse: *¿no es ésta la experiencia actual para la humanidad? ¿No se asemejan nuestra vida a nuestra familia a un pequeño bote que naufraga y que lucha inútilmente contra el viento y las olas mientras Dios está ausente?* Nosotros como los discípulos desesperados, acudimos al Señor y le gritamos que despierte: *Señor, no podemos hacer otra cosa que gritarte hoy SABADO SANTO ¿no ves que nos hundimos? Tu que descendiste a los infiernos, ¿qué es la muerte en realidad, qué sucedió cuando descendiste a las profundidades de la muerte y el abismo?*

Cristo *descendió a los infiernos*, cruzó la puerta de la soledad, descendió al abismo inalcanzable e insuperable del abandono, allí donde no se escuchaba la PALABRA, Tú la pronunciaste, una palabra que llama, que tiende una mano y rescata del abismo. Una palabra pronunciada con amor en el ámbito de la muerte y brilló la vida en medio de la muerte. Con esta certeza esperanzadora de que no estamos solos, comencemos a escuchar Tú voz Señor, y agradecer Tú mano que, desde las tinieblas, es la LUZ viene hacia nosotros.

*Monseñor Jorge Palencia Ramírez de Arellano
Coordinador General de la Pastoral del Santuario*

Meditación

De una antigua Homilía sobre el santo y grandioso Sábado.

¿Qué es lo que pasa? Un gran silencio se cierne hoy sobre la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey está durmiendo; la tierra está temerosa y no se atreve a moverse, porque el Dios hecho hombre se ha dormido y ha despertado a los que dormían desde hace siglos. El Dios hecho hombre ha muerto y ha puesto en movimiento a la región de los muertos.

En primer lugar, va a busca a nuestro primer padre, como a la oveja perdida. Quiere visitar a los que yacen sumergidos en las tinieblas y en las sombras de muerte; Dios y su Hijo van a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él.

El Señor hace su entrada donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama, dirigiéndose a todos: "Mi Señor esta con todos vosotros." Y responde Cristo a Adán: "Y con tu Espíritu." Y, tomándolo de la mano, lo levanta, diciéndole: << Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos y te iluminara Cristo.

Yo soy tu Dios, que por ti me hice hijo tuyo, por ti y por todos estos que habían de nacer de ti; digo, ahora, y ordeno a todos los que estaban en cadenas: "Salid", y a los que estaban en tinieblas: "Sed iluminados", y a los que estaban adormilados: "Levantaos".

Yo te lo mando: Despierta, tú que duermes; porque yo no te he creado para que estuvieras preso en la región de los muertos. Levántate de entre los muertos; yo soy la vida de los que han muerto.

Levántate, obra de mis manos; levántate, mi efigie, tú que has sido creado a imagen mía. Levántate, salgamos de aquí; porque tú en mí y yo en ti somos una sola cosa.

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho hijo tuyo; por ti, siendo Señor, asumí tu misma apariencia de esclavo; por ti, yo, que estoy por encima de los cielos, vine a la tierra, y aun bajo tierra; por ti, hombre, vine a ser como hombre sin fuerzas, abandonado entre los muertos; por ti, que fuiste expulsado del huerto paradisiaco, fui entregado a los judíos en un huerto y sepultado en un huerto.

Mira los salivazos de mi rostro, que recibí por ti, para restituirte el primitivo aliento de vida que inspiré en tu rostro. Mira las bofetadas de mis mejillas, que soporté para reformar a imagen mía tu aspecto deteriorado. Mira los azotes de mi espalda, que recibí para quitarte de la espalda el peso de tus pecados. Mira mis manos, fuertemente sujetas con clavos en el árbol de la cruz, por ti, que en otro tiempo extendiste funestamente una de tus manos hacia el árbol prohibido.

Me dormí en la cruz, y la lanza penetró en mi costado, por ti, de cuyo costado salió Eva, mientras dormías allá en el paraíso. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te sacará del sueño de la muerte. Mi lanza ha reprimido la espada de fuego que se alzaba contra ti.

Levántate, vayámonos de aquí. El enemigo te hizo salir del paraíso; yo, en cambio, te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celestial. Te prohibí comer del simbólico árbol de la vida; más he aquí que yo, que soy la vida, estoy unido a ti. Puse a los ángeles a tu servicio, para que te guardaran; ahora hago que te adoren en calidad de Dios.

Tienes preparado un trono de querubines, están dispuestos los mensajeros, construido el tálamo, preparado el banquete, adornados los eternos tabernáculos y mansiones, a tu disposición el tesoro de todos los bienes, y preparado desde toda la eternidad el reino de los cielos.



.... y descendió a los infiernos,

Sábado Santo: día de la sepultura de Dios
Meditaciones sobre la Semana Santa-
Cardenal Joseph Ratzinger – Benedicto XVI



En nuestro tiempo se oye hablar cada vez con mayor insistencia de la Muerte de Dios. Por primera vez, en Jean Paul, se trata sólo de una pesadilla: «Jesús muerto anuncia a los muertos, desde el tejado del mundo, que en su viaje al más allá no ha encontrado nada, ni cielo, ni Dios misericordioso, sino sólo la nada infinita, el silencio del vacío abierto de par en par». Se trata todavía de un horrible sueño, el cual, al despertar, gimiendo se deja a un lado, aunque no se logrará jamás olvidar la angustia sufrida, que estaba siempre al acecho, oculta, en el fondo del alma.

Un siglo más tarde, en Nietzsche, hay una seriedad mortal que se expresa en un grito penetrante de terror: ¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!. Cincuenta años después, se habla de ello con un distanciamiento académico y se nos prepara a una «teología después de la muerte de Dios», se mira alrededor para ver cómo se puede continuar y se anima a los hombres a prepararse para ocupar el puesto de Dios.

El misterio terrible del Sábado Santo, su abismo de silencio, ha adquirido en nuestro tiempo una realidad aplastante. Ya que esto es el Sábado Santo: día de la ocultación de Dios, día de esa paradoja inaudita que nosotros expresamos en el Credo con las palabras «descendió a los infiernos», descendió dentro del misterio de la muerte.

El Viernes Santo podíamos mirar aún al traspasado. El Sábado Santo está vacío, la pesada piedra del sepulcro nuevo cubre al difunto, todo ha pasado, la fe parece haber sido desenmascarada como un fanatismo. Ningún Dios ha salvado a este Jesús que se decía Hijo suyo. Se puede estar tranquilo: los prudentes que antes habían dudado un poco en lo profundo de su ser si tal vez pudiese ser distinto, han tenido en cambio razón.

Sábado Santo: día de la sepultura de Dios; ¿no es éste, de una manera impresionante, nuestro día? ¿No comienza nuestro siglo a ser un gran Sábado Santo, día de la ausencia de Dios, en el que hasta los discípulos tienen un vacío helador en el corazón que se hace cada vez más grande, y por este motivo se disponen, llenos de vergüenza y de angustia, a volver a casa y se encaminan a escondidas y destruidos en su desesperación hacia Emaús, no dándose cuenta en absoluto de que aquel que creían muerto estaba en medio de ellos?

Dios ha muerto y nosotros lo hemos matado: ¿nos hemos dado cuenta de que esta frase está tomada casi al pie de la letra de la tradición cristiana y que nosotros hemos repetido a menudo en nuestros *iae crucis* algo parecido sin darnos cuenta de la gravedad tremenda de lo que decíamos? Nosotros lo hemos matado, recluyéndolo en la concha rancia de nuestros pensamientos habituales, exiliándolo a una forma de piedad sin contenido de realidad y perdida en el giro de las frases devocionales o de las preciosidades arqueológicas; nosotros lo hemos matado a través de la ambigüedad de nuestra vida, que ha extendido un velo de oscuridad también sobre él: en efecto, ¿qué habría podido hacer más problemático en este mundo a Dios, que la problematicidad de la fe y del amor de sus creyentes?

La oscuridad divina de este día, de este siglo que se convierte cada vez en mayor medida en un Sábado Santo, habla a nuestra conciencia. También nosotros tenemos que ver con ella. Pero, a pesar de todo, tiene en sí algo consolador. La muerte de Dios en Jesucristo es al mismo tiempo expresión de su solidaridad radical con nosotros. El misterio más oscuro de la fe es al mismo tiempo el signo más claro de una esperanza que no tiene límites. Y una cosa más: sólo a través del fracaso del Viernes Santo, sólo a través del silencio de muerte del Sábado Santo los discípulos pudieron ser llevados a la comprensión de lo que era verdaderamente Jesús y de lo que su mensaje significaba en realidad. Dios debía morir por ellos para poder vivir realmente en ellos. La imagen que se habían formado de Dios, en la que habían tratado de encerrarlo, debía ser destruida para que ellos, a través de los escombros de la casa derribada, pudieran ver el cielo, a él mismo, que permanece siempre el infinitamente más grande. Nosotros tenemos necesidad del silencio de Dios para experimentar de nuevo el abismo de su grandeza y el abismo de nuestra nada que se haría cada vez más grande si no estuviese él.

Hay una escena en el Evangelio que anticipa de un modo extraordinario el silencio del Sábado Santo y aparece una vez más, por tanto, como el retrato de nuestro momento histórico. Cristo duerme en una barca que, zarandeada por la tempestad, parece naufragar. El profeta Elías se había reído en una ocasión de los sacerdotes de Baal, que invocaban inútilmente a grandes voces a su dios para que hiciera descender fuego sobre el sacrificio, exhortándoles a gritar más fuerte, no fuera que su dios estuviese dormido.

¿Pero no duerme Dios realmente? El escarnio del profeta, ¿no toca finalmente también a los creyentes del Dios de Israel que viajan con él en una barca que parece naufragar? Dios duerme mientras sus cosas parecen naufragar, ¿no es ésta la experiencia de nuestra vida? La Iglesia, la fe, ¿no se asemejan a una pequeña barca que parece naufragar, que lucha inútilmente contra las olas y el viento, mientras Dios está ausente? Los discípulos gritan en la desesperación extrema y sacuden al Señor para despertarlo, pero él se muestra sorprendido y les reprocha su poca fe. ¿Pero acaso es distinto para nosotros?



Cuando la tempestad pase nos daremos cuenta en qué medida nuestra poca fe estaba cargada de insensatez. Y, no obstante, oh Señor, no podemos hacer otra cosa que sacudirte, Dios que estás en silencio y duermes, y gritarte: despierta, ¿no ves que naufragamos? Despierta, no dejes que dure eternamente la oscuridad del Sábado Santo, deja caer un rayo de Pascua también sobre nuestros días, acompáñanos cuando nos dirigimos desesperados hacia Emaús para que nuestro corazón se pueda encender con tu cercanía. Tú que has guiado en lo escondido los caminos de Israel para ser finalmente hombre con los hombres, no nos dejes en la oscuridad, no permitas que tu palabra se pierda en el gran derroche de palabras de estos tiempos. Señor, danos tu ayuda, porque sin ti naufragaremos.

La ocultación de Dios de este mundo constituye el verdadero Misterio del Sábado Santo, misterio al que se alude ya en las enigmáticas palabras según las cuales Jesús «descendió a los infiernos». Al mismo tiempo, la experiencia de nuestra época nos ha ofrecido una aproximación completamente nueva al Sábado Santo, ya que la ocultación de Dios al mundo que le pertenece y que debería anunciar con mil lenguas su nombre, la experiencia de la impotencia de Dios que es no obstante el Omnipotente, es la experiencia y la miseria de nuestro tiempo.

Pero si bien el Sábado Santo se nos ha aproximado profundamente de esta manera, si bien nosotros comprendemos al Dios del Sábado Santo más que la manifestación potente de Dios en medio de los truenos y los relámpagos, de la que habla el Antiguo Testamento, no obstante, permanece irresoluta la cuestión de saber qué se entiende verdaderamente cuando se dice de manera misteriosa que Jesús «descendió a los infiernos». Digámoslo con toda claridad: nadie está en disposición de explicarlo verdaderamente.

Ni queda más claro diciendo que aquí infierno es una mala traducción de la palabra hebrea *shêol*, que indica sencillamente todo el reino de los muertos, y, por tanto, la fórmula querría decir en origen sólo que Jesús descendió a la profundidad de la muerte, está realmente muerto y ha participado en el abismo de nuestro destino de muerte. Y surge entonces la pregunta: ¿qué es realmente la muerte y qué sucede efectivamente cuando se desciende a las profundidades de la muerte?

Debemos detener aquí nuestra atención ante el hecho de que la muerte ya no es lo mismo después de que Cristo la ha sufrido, después de que él la ha aceptado y penetrado, del mismo modo que la vida, el ser humano ya no es lo mismo después de que en Cristo la naturaleza humana pudo entrar en contacto, y de hecho entró, con el ser propio de Dios. Antes la muerte sólo era muerte, separación de la tierra de los vivos y, si bien con distinta profundidad, algo parecido a «infierno», lado nocturno de la existencia, oscuridad impenetrable. Ahora, sin embargo, la muerte es también vida y cuando nosotros atravesamos la glacial soledad del umbral de la muerte, nos encontramos siempre de nuevo con aquel que es la vida, que ha querido convertirse en el compañero de nuestra soledad última y que, en la soledad mortal de su angustia en el huerto de los Olivos y de su grito en la Cruz «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», se ha hecho partícipe de nuestro abandono.

Si un niño se tuviese que aventurar solo en la noche oscura a través de un bosque, tendría miedo aunque se le demostrara cien veces que no había ningún peligro. Él no tiene miedo de algo determinado, a lo que se le pueda dar un nombre, sino que en la oscuridad experimenta la inseguridad, la condición de huérfano, el

carácter siniestro de la existencia en sí. Sólo una voz humana podría consolarlo; sólo la mano de una persona querida podría ahuyentar como un feo sueño la angustia. Se da una angustia verdadera, que anida en las profundidades de nuestras soledades que no puede ser superada mediante la razón, sino sólo con la presencia de una persona que nos ama.

En efecto, esta angustia no tiene un objeto al que se pueda dar un nombre, es sólo la expresión terrible de nuestra soledad última. ¿Quién no ha tenido la espantosa sensación de esta condición de abandono? ¿Quién no advertiría el milagro santo y consolador que sería en medio de estas dificultades una palabra de afecto? Sin embargo, allá donde se da una soledad tal que no puede llenarse ya por la palabra transformadora del amor, entonces nosotros hablamos de infierno.

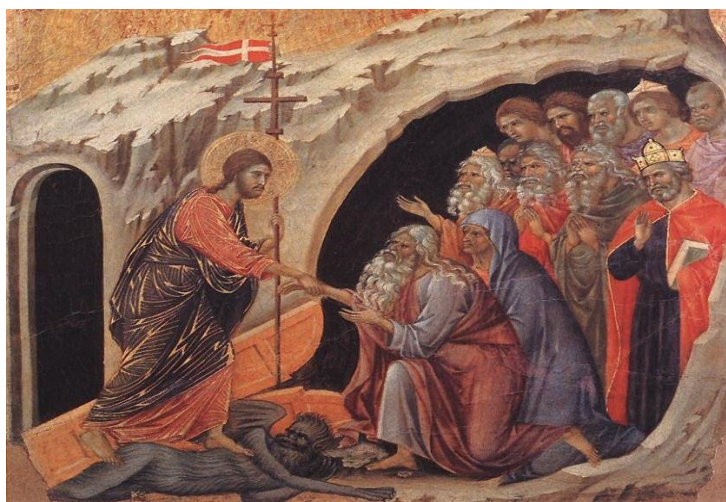


Y nosotros sabemos que no pocos hombres de nuestro tiempo, aparentemente tan optimista, son de la opinión de que todo encuentro se queda en la superficie, que ningún hombre tiene acceso a la última y verdadera profundidad del otro y que, por tanto, en el fondo último de toda existencia subyace la desesperación, más aún, el infierno. Jean-Paul Sartre expresó esto en la práctica en una obra de teatro y, al mismo tiempo, expuso el núcleo de su doctrina del hombre. Una cosa es cierta: se da una noche en cuya oscuridad y abandono no penetra ninguna palabra que conforte, una puerta que nosotros debemos atravesar en absoluta soledad: la puerta de la muerte.

Toda la angustia de este mundo es, en último término, la angustia provocada por esta soledad. Por tal motivo, el término empleado en el Antiguo Testamento para el reino de los muertos era el mismo con que se indicaba el infierno: *shêol*. La muerte, en efecto, es soledad absoluta. Pero la soledad que ya no puede ser iluminada por el amor, que es tan profunda que el amor ya no puede acceder a ella, es el infierno.

“Descendió a los infiernos”: esta confesión del Sábado Santo significa que Cristo ha atravesado la puerta de la soledad, que ha descendido al fondo inalcanzable e insuperable de nuestra condición de ser abandonado. Sin embargo, esto significa que también en la noche extrema en la que no penetra ninguna palabra, en la que todos nosotros somos como niños despreciados, llorosos, se da una voz que nos llama, una mano que nos toma y nos conduce. La soledad insuperable del hombre ha sido superada desde el momento en que *Él* se ha encontrado en ella. El infierno ha sido vencido desde el momento en que el amor ha entrado también en la región de la muerte y la tierra de nadie de la soledad ha sido habitada por él. En lo profundo de sí el hombre no vive de pan, en la autenticidad de su ser vive por el hecho de que es amado y de que se le permite amar. A partir del momento en que en el espacio de la muerte se da la presencia del amor, se da la vida en medio de la muerte: «la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma», reza la Iglesia en la liturgia de difuntos.

Nadie puede medir en última instancia el contenido de estas palabras: «descendió a los infiernos». Pero si alguna vez se nos permite acercarnos a la hora de nuestra soledad última, se nos concederá comprender algo de la gran claridad de este oscuro misterio. En la certeza cargada de esperanza de que en aquella hora de extremo abandono no estaremos solos podemos presagiar ya ahora algo de lo que sucederá. Y en medio de nuestra protesta contra la oscuridad de la muerte de Dios comenzamos a estar agradecidos por la luz que viene a nosotros desde esta oscuridad.



SÁBADO SANTO ORACIÓN MATUTINA VIA MATRIS

El Vía Matris es el camino que recorrió María de regreso, desde el Santo Sepulcro hasta su casa. Es un camino en el que recuerda y revive el Vía Crucis, el Camino de la Cruz. Por lo tanto, lo rezamos acompañando a la Madre Dolorosa de vuelta a su hogar

Queremos unirnos con todos nuestros hermanos y hermanas que sufren las consecuencias de la *Epidemia del Coronavirus* que azota la humanidad, queremos colocar en las manos maternales de María a todos los enfermos que se han contagiado, a sus familiares, a los médicos y enfermeras que los cuidan. De manera especial queremos pedir por aquellos que han muerto, que Dios Padre misericordioso los tenga en su Reino.

Madre Santísima de Guadalupe, déjanos seguir contigo desde el sepulcro al cenáculo el camino doloroso de tu soledad y llanto. Acompañamos, Madre nuestra, tu corazón atravesado por una espada, tal como te lo anuncio el anciano Simeón, en el Templo de Jerusalén.

Madre Santa queremos acompañar el diálogo interno con tu hijo bien amado, muerto a los ojos del mundo y, para ti, descansando. De tu voz aprenderemos la fe, la esperanza, el cántico triunfal de amor renacido tras las tinieblas del sábado.



XIV ESTACION
MARIA deja muerto en el Sepulcro a su Hijo Jesús

Detrás de la losa, queda tu corazón destrozado, semilla de amor eterno, dormido y siempre velando. Y tu repites: cómo me duele dejarte. Te quisiera en mi regazo y estar contigo en tu sueño, que mi ansiedad hace largo. Sé que pronto te veré glorioso resucitado, y mi fe es el arco iris en la lluvia de mi llanto. Para aquellos, Hijo Mío, que el dolor embarcaron, tu sepulcro sea la estrella que los lleve a buen puerto salvos.

Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.

Dios te salve, María

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

XIII ESTACION
**MARIA RECUERDA: COMO JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ
Y ENTREGADO A ELLA**

María recuerda: Aquí estuviste, Hijo mío, como la flor de su tallo. Flor deshojada, sangrienta en el dolor de mis brazos. Aquí cubrieron de mirra, recuerdo de los Magos, la púrpura de tus llagas, llagas que en mí se han quedado. Fina sábana de nieve veló tu cuerpo adorado, y tu faz, mi sol, mi espejo se ocultó tras un sudario. Benditos los que adivinan, tras la llaga del hermano, en estos momentos difíciles, tu divino rostro vivo que espera amor y cuidado.

Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.

Dios te salve, María

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

XII ESTACION
MARIA JUNTO A JESÚS, CUANDO MUERE EN LA CRUZ

Madre María, cuantas imágenes vienen a tu mente: Aquí, junto a la Cruz... Aquí el grito: - "¡Todo está consumado...!" la tiniebla, el terremoto y la lanza perforando tu corazón y mi pecho con el mismo hierro insano. Aquí me entregaste al discípulo, como hijo pequeñito nacido de sangre y llanto, hijo tan distinto a ti, pero, en mi carne, tu hermano. Que las penas de sus cruces, no olviden que soy su Madre y que los acompaño en sus momentos de dolor, enfermedad, angustia y miedo.

Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.

Dios te salve, María

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*



XI ESTACION MADRE VISTE A JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

Sobre la roca tendieron la cruz para clavarlo. Tu les rogaba: Por Dios, no le lastimen sus manos! ... y ya estaban duras y frías, ellas que hicieron milagros y, tantas veces con amor de Hijo te me acariciaron. Manos y pies de nuestro Dios, heridas. Manos y pies de tu Niño, por obediencia entregados. Que si dejaron la cruz es por ir apresurados a quitarte, a la humanidad, de sus miserias los clavos.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

X ESTACION MADRE NUESTRA CONTEMPLAS A JESÚS DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Sobre una Piedra, a los dados, los soldados se jugaron la blanca túnica por nuestros desvelos tejida. Del lino que tus amores de Madre hicieron, quedaron con su sangre lumbre de azotes, teñida. Lo viste desnudo, inocente, mientras la turba reía. La total entrega a Dios por la humanidad caída, quedo al descubierto el pecado del mundo en carne viva, de tu Hijo el Cordero de Dios.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

IX ESTACION TU HIJO JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Madre quisieras besar la tierra, porque, al llegar al Calvario, también la besó tu Niño al caer por tercera vez. ¡Era tan dura la carga y tan cruel el populacho! Era llevar en los hombros lo más terrible: el pecado. Y cayó, cayó de bruces... Tu viste sus divinos labios, en un beso doloroso, de polvo y sangre manchados. Polvo del hombre, miseria y sangre de Dios, juntando en ósculo de perdón el cielo y el mundo ingrato.

Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.

Dios te salve, María

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*



VIII ESTACION MADRE TE UNISTE A LAS MUJERES DE JERUSALEN QUE LLORABAN POR TU HIJO JESÚS

Y se fueron las mujeres que por tu Jesús lloraron. Las calles huelen a miedo bajo el cielo encapotado. Y Madre tu recuerdas las palabras de tu Hijo, Si en el leño verde el fuego rompió en pedazos, ¿qué será en el leño seco consumido por la plaga del pecado? ¿Mujeres que lloren? ¡No! Faltan en el mundo llantos de hombres que reconozcan las voces que claudicaron. Hombres del mundo, lloren mientras dura el Viernes Santo, para arrepentirse de tanto mal causado por su ceguera y cerrazón.

Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.

Dios te salve, María

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

VII ESTACION MADRE VE CAER A JESÚS POR SEGUNDA VEZ.

El crepúsculo se apaga y, en la callejuela angosta, como en conciencia culpable, se han dado cita las sombras. Aquí tropezó tu Hijo Jesús, por segunda vez, la tierra probó el sabor de lo divino. El verdadero Amor es insistente cuando en verdad se enamora y dos veces, traicionado una y otra vez perdonando. Tu Hijo alzó a los caídos, Jesús probó sus derrotas a Ti te me nombró refugio de los caídos y de los que lloran.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*



VI ESTACION MARIA RECUERDA COMO UNA MUJER, LA VERÓNICA ENJUAGA EL ROSTRO DE HIJO JESÚS

Madre Nuestra en esa tarde de llanto, en tu soledad más sola, es una luz de esperanza recordar a la Verónica. El rostro de Jesús, tu Hijo, que fue tu espejo, tu sol, se ocultaba en sombras de sangre, sudor, salivas, polvo y divina congoja. Una mujer, como Tú, valiente rompió la tropa y enjugó la faz amada con la nieve de su lienzo. Pintado en sangre quedó el rostro que enamora y que el llanto ya no borra. De igual manera Tu Madre, quisiste quedarte en la tilma de nuestro hermano Juan Diego, para vernos protegidos en el pliegue de tu manto.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

V ESTACION
MARIA AGRADECE AL CIRINEO HABER AYUDADO
A SU HIJO JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

María Madre nuestra, ahora recuerdas a Simón el Cirineo que detuvieron los soldados. Sudor y polvo traía como fruto de su trabajo en los campos. Tu Hijo Jesús era la semilla que muere y da fruto abundante, y este hombre ayuda a su cansancio y al peso de su cruz. Simón recibió el madero, poquito a poco, el camino le floreció de entusiasmo. Porque ir junto a TU Hijo que carga con el sufrimiento de la humanidad es hallar al fin la gloria, es a Él y aligera nuestra carga y cansancio.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

IV ESTACION
TE ENCUENTRAS CON JESÚS QUE CARGA LA CRUZ

Madre Santa, que difícil era seguir de cerca a Jesús. Unidos al dolor, lejos en el cuerpo estábamos. Pero tu amor maternal se atrevió entre el populacho y pudo mirar..., mirarte en los ojos de tu amado Hijo. Vives aún de esa mirada, que retuvo el llanto por no doblar la agonía deshojada en tu regazo. Mirada firme de amor, que selló el holocausto de dos corazones, que nos escuchan siempre.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

III ESTACION
JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ.

María Madre Nuestra que doloroso es recordar como la sangre de tu Hijo, empezó a regarse por las calles de Jerusalén. Porque, al salir del Pretorio muchos se atrevieron a empujarlo y cayó, Varón de burlas y dolores, absolviendo a los culpables. Desde entonces la sangre derramada tiene otro sentido al caer en la tierra árida, el Señor la ha santificado, los tropiezos que cargo son nuestras miserias y pecados y nos enseñó a carga nuestra cruz de cada día y seguirlo.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

II ESTACION MADRE ESTUVISTE PRESENTE CUANDO CARGARON A JESUS CON LA CRUZ

Madre Santísima, sobre los hombros de tu Hijo Jesús pusieron el leño de la victoria. Él, carpintero, sabía de maderas olorosas. Y la levantó triunfante. En esta vía dolorosa, la cruz se clavó por siempre en Tu corazón, muy honda. La Cruz de Jesús y la Cruz de la humanidad, divina cruz redentora, ligero yugo amoroso, puente que lleva a la Gloria. Ayúdanos Madre a vivir así el peso de nuestra cruz de cada día

Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.

Dios te salve, María

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

I ESTACION MARIA, A LO LEJOS MIRASTE A TU HIJO JESÚS ANTE PILATO

Anda suelto en la ciudad un silencioso homicida. Tu hijo pagó el rescate con su corona de espinas y, por que nada faltara, ofreció vida por vida. Pilato quiso lavar con agua su cobardía y su nombre, para siempre, se quedará como estigma de quien, por temor al mundo, al mismo Dios crucifica. Ahora, frente al Pretorio, la plaza duerme vacía. Un agrio remordimiento en las conciencias vigila. - ¿Resucitará? ...Preguntan. Pero sólo Tu sufres tranquila. Sólo Tu... Tus compañeras, las dulces, fieles Marías, quieren llevar al sepulcro, el domingo, aceite y mirra. Mientras Tu serás, Madre Nuestra en el mundo a oscuras, la sola luz encendida.

Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.

Dios te salve, María

V. *Santa María de Guadalupe,*

R. *Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.*

Oración Final

Madre, déjanos seguir contigo por el Vía Crucis de nuestra vida doliente, sin tu amor más angustiada. Podemos ser los Pilatos; los Cirineos, las Verónicas, los ladrones, los soldados, los fariseos, las llorosas, mujeres, el populacho como las olas; podremos ser Judas, Pedro... Tú sabes bien nuestra historia. Mas, eres dulce refugio, Madre de Misericordia. Déjanos seguir contigo fieles hoy y hasta la hora sorpresiva de la muerte. Amén Madre Dolorosa, Amén por esa alegría que ya te anuncia la aurora de la Resurrección.

*Madre llena de dolores, acuérdate que en la Cruz te nombró Jesús Madre de los pecadores.
Dios te salve, María*

V. Santa María de Guadalupe,

R. Salva nuestra Patria y conserva nuestra fe.

Queremos nuevamente consagrar este continente de América y al mundo, bajo tu maternal cuidado:

Virgen María de Guadalupe, Madre del verdadero Dios por quien se vive.

En estos momentos, como Juan Diego, sintiéndonos "pequeños" y frágiles ante la enfermedad y el dolor, te elevamos nuestra oración y nos consagramos a ti.

Te consagramos nuestros pueblos, especialmente a tus hijos más vulnerables: los ancianos, los niños, los enfermos, los migrantes, los que no tienen hogar, los privados de su libertad. Acudimos a tu inmaculado Corazón e imploramos tu intercesión: alcánzanos de tu Hijo la salud y la esperanza.

Que nuestro temor se transforme en alegría; que en medio de la tormenta tu Hijo Jesús sea para nosotros fortaleza y serenidad;

que nuestro Señor levante su mano poderosa y detenga el avance de esta pandemia.

Santísima Virgen María, "Madre de Dios y Madre de América Latina

y del Caribe, Estrella de la evangelización renovada,

primera discípula y gran misionera de nuestros pueblos",

sé fortaleza de los moribundos y consuelo de quienes los lloran;

sé caricia maternal que conforta a los enfermos; y para todos nosotros,

Madre, sé presencia y ternura en cuyos brazos todos encontremos seguridad.

De tu mano, permanezcamos firmes e inmovibles en Jesús, tu Hijo,

que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

